

Glosa a la muerte de un pediatra. Don Félix Omeñaca Jiménez 1917-2006.

Félix Omeñaca Terés

[Bol Pediatr Arag Rioj Sor, 2006;36: 9]

Don Félix, como así le llamaban sus innumerables pacientes, conocidos y amigos, falleció en su sencilla casa de Zaragoza el pasado 4 de marzo.

Huérfano de padre (a la sazón practicante-barbero), desde muy niño emigró a Zaragoza, donde compaginando trabajo (barbería) y estudios (Facultad) obtuvo su Licenciatura en Medicina en 1945. Pronto y todavía muy joven se vio inmerso en una terrible guerra fratricida; familiares y amigos asesinados, durísimo invierno en el frente de Teruel, la angustiosa batalla del Ebro, irracionalidad por doquier... Bajo el mecenazgo del profesor Suárez Perdiguero (su querido Don Manuel) completó su formación pediátrica en nuestra Facultad y entre ampliar su formación en Suiza o empezar a trabajar por los suyos, eligió esta última opción.

Su primer destino fue Sariñena, donde en los años siguientes a la contienda civil ejerce de médico en el más amplio y auténtico sentido de la palabra. Medicina auténtica, el enfermo (niño, joven, adulto o anciano) se convierte en el eje central de su vida, dedicación plena, todas las horas del día y todos los días del año. Medicina completa, cualquier problema médico tiene que ser abordado y resuelto; traumatismos por coces de caballerías, heridas por arma de fuego, partos complicados y de muy difícil solución, perforaciones intestinales, pulmonías, garrotillo... con la única ayuda de los conocimientos adquiridos en la Facultad, la experiencia y los libros (cuánto le gustaba leer y leer... muchas veces hasta el alba echando en falta horas del día). Medicina humanizada, todo el quehacer médico ejercido con proximidad, estableciendo unos lazos de sinceridad y cariño que han permanecido para siempre. Medicina solidaria dirigida hacia los más desfavorecidos, familias de campesinos, gentes humildes, transeúntes, pobres de solemnidad, gitanos... Medicina de confianza que le llevaba a intervenciones como «hombre bueno» en numerosos conflictos familiares y que al final del camino acompañaba y ayudaba a muchos de ellos a bien morir.

Cuántos caminos y veredas, riachuelos y lagunas, cuántos secarrales cubiertos de tomillo y esparto de la agreste y dura zona de los Monegros, podrían dar fe de aquel estilo de hacer medicina, tremendamente humanizada, marcada por la voluntad inquebrantable del deber; la solidaridad, el afán de superación, la coherencia total en las actuaciones. Todo ello sin esperar recompensa, sólo por la sensación que producen las cosas bien hechas, el deber cumplido, la consecuencia con las ideas. Sólo así se entiende la alegría que mostraba jugando con sus cinco hijos al caer la tarde después de extenuantes jornadas de trabajo. Ciertamente es también que llegaron con los años otras alegrías... se popularizó la penicilina y se instalaron los Rayos X.

De Sariñena a Monzón, refugio de la medicina pediátrica. Aquellas epidemias de sarampión, 80-100 niños al día con visitas constantes a domicilio en el barrio obrero del Palomar; las rehidrataciones con suero en el seno longitudinal o subcutáneas en el abdomen, el *babeurre*, la tosferina... y algo de libertad para permitirse con los suyos alguna licencia excepcional como las escapadas a Francia o las visitas al mar.

Y en los últimos años de profesión, de vuelta a Zaragoza. Medicina en un ambulatorio del Seguro Obligatorio de Enfermedad sito junto al enclave de los Enlaces. Masificación, horarios cerrados, demanda incontrolada de medicación, recetas y más recetas, responsables mediocres movidos exclusivamente por el interés, imposibilidad en suma de ejercer la medicina que uno aprendió. Decepción, añoranza, fracaso y como consecuencia directa la jubilación anticipada. Como buen espíritu rebelde e ideario coherente buscó refugio en un consultorio regentado por unas monjitas de las Graveras donde atendía con el mismo cariño y vocación de siempre a la prolífica prole de gitanos que allí vivían.

Estas líneas escritas con la prisa que caracteriza a nuestro tiempo, no son un juicio de valor ni admiten comparaciones. Sólo pretenden evocar una época y un personaje que como tantos de aquella generación ejercieron la medicina con pasión, con fe, con coherencia total, desinteresadamente, con sacrificios y renunciaciones hasta la extenuación, pero que se vieron recompensados por el afecto, el cariño, el aprecio y el agradecimiento de todos los que les conocieron.

Allí donde esté querido don Félix, en el Cielo o en el Olimpo, en el ayer o en el mañana, su ejemplo nos servirá de guía y su recuerdo permanecerá para siempre.